



Eliseo Alberto

Caracol Beach es la novela con la que Eliseo Alberto (Cuba 1951) ganó el primer premio en el Concurso Internacional de Alfaguara 1998. Aquí reproducimos el capítulo sexto de esta «Tragedia griega a ritmo de rock and roll»

Ese sábado de junio, Agnes MacLarty dejó de ser una guapa instructora de gimnasia rítmica y se sintió una anciana de treinta y tres años por obra y gracia de los vinos blancos de California. El alcohol es una lupa. Ella lo sabía. Los poros de la piel se ven enormes. Claro que no son de ese tamaño pero el lente de la embriaguez amplía las formas, a veces las distorsiona, las dilata. La luna se confunde con una manzana. la exageración de la realidad sirve para entender en detalle la propia realidad. Los poros. ¡Los poros! Agnes tuvo hipo. Se miró al cuello en el espejo del gimnasio y se descubrió un par de arrugas nuevas, una mancha de hemorragia en la nariz, un nido de pecas carmelitas en el pecho, un polvazo de ceniza en las ojeras y ya no quiso contar las patas de gallinas sino devolver las ocho copas de vino barato que encubaba en el barril de los riñones. Se metió el dedo índice en la boca. Cuatro dedos en embudo. Le cabía la mano. Por poco se descuelga la campanilla. Perdió el equilibrio. Le faltaba el aire. Se zafó las tiras del sostenedor. Los pezones le quemaban la blusa. No. No pudo. No pudo vomitar.

- Vieja de... -se dijo en el espejo. El hipo cortó la frase pero iba a decir "mierda"-: Total.

Total: estaba sola. En cincuenta millas a la redonda no había una persona a quien importaran sus arrugas. Total. Horas y horas en el gimnasio para que al llegar a casa nadie te dijera qué guapa estás, amor. ¿Otra copa de vino? Total, Agnes pensó que Harrison era un profesional muy ocupado en abrir tumbas de faraones en el desierto y decidió aceptar la invitación de su adorada Laura para continuar la parranda en Caracol Beach, pero no los encontró en ninguna parte, por más que los buscó de arriba abajo en los recovecos del Instituto donde los hermanos Mayer acostumbraban a contrabandear cigarrillos de marihuana. Borracha y maltratada por el ataque de hipo se resignó a concluir aquel sábado haciendo ejercicios aeróbicos hasta sudar gota a gota sus frustraciones, total, y caer muerta de cansancio en la cama, con la esperanza de soñarse junto a Harrison en las jorobas de un camello, total, bajo el sol del Sahara. Total.

- ¿No ha visto a Laura, don Claudio?

- Acaba de marcharse con los muchachos. No hace ni cinco minutos- dijo el abogado.

- Se me fue el tren. Total

Agnes esperaba por un taxi a la salida del colegio cuando Theo Uzcanga en persona la invitó a beber una copa, la novena, en el bar Dos Gatos Tuertos, donde esa noche rendían un homenaje al escritor cubano Reinaldo Arenas. Lo peor es que Theo Uzcanga lo hizo con tanta elegancia, mesura y naturalidad que a punto de

decir no la instructora de gimnasia rítmica dijo sí, bueno, te acompaño, entre hipos galopantes, ¿por qué no?, total, y fue incapaz de rectificar el error, algo de lo que nunca se arrepentiría y ¿saben por qué?, no por los estupendos versos de Francisco Hernández que Theo recitó a media luz ni por las anécdotas que contaron los amigos del novelista ni por la guajira que la mismísima Albita Rodríguez cantó a capela en el escenario de Dos Gatos Tuertos, no, ¿saben por qué nunca se arrepentiría?, porque cuando la guadaña de la tristeza le rajó el alma apenas quince horas después de aquel encuentro casual, ella regresó a la buhardilla del profesor de literatura y lo abrazó deshecha en lágrimas, arrugadita, con mil patas de gallinas nuevas, llena de pecas, ojerosa, total, qué mierda, y desde entonces Agnes MacLarty y Theo Uzcanga han vivido juntos, hombro con hombro, sin separarse apenas un par de días, qué unos días, unas horas, pendientes el uno del otro, siempre llamándose por teléfono, enviándose beepers, enamorados o tal vez asustados, para algunos enfermizos, siameses, asmático él y temerosa ella, buscando tener un hijo, un batallón de hijos, pues las muertes gratuitas de los muchachos en el deshuesadero de coches, casi a la misma hora en que ellos se despedían a la entrada del edificio de Agnes, les enseñaron que la única forma de enfrentar con relativa fortuna esta vida, rodeada de tigres y de moscardones es inventándonos un amor a cualquier precio, ¿ven?, una cabrona compañía, un cómplice imperfecto, una alianza, un amarre, una brujería, lo que sea, no lo piensen mucho, nada garantiza la felicidad o la justicia, nada ni nadie, no lo olviden, todo parece insuficiente ante la mala suerte, y lo que queda es defender ese amor con las uñas, a patadas, aunque resulte una mentira del tamaño de la luna. Total.

- ¿Qué dice de la luna?

- ¿Eh?

- ¿Me acompañas?

- Sí, bueno, te acompaño, por qué no. Total.

- Te ves preciosa. De veras. -dijo Theo.

- ¡Cómo!

¿Cómo? Agnes MacLarty subió al auto. Había sufrido esa noche el susto de sentirse una anciana treintona y necesitaba un piropo así, porque las ocho copas de vino californiano representaban ocho traiciones sucesivas: Agnes había sido alcohólica entre los veintidós y los veintisiete años. Gracias a un riguroso plan de autoestima, al cultivo de su cuerpo y a la terapias de grupo, en asociaciones anónimas, había logrado desligarse de una tenaz dependencia a los vodkas de Finlandia, su purgante de penas predilecto, y a pesar de que sus médicos le autorizaban a consumir un trago de vez en cuando, jamás se había atrevido a vaclar ocho copas por el tragaluz de su garganta: ella no estaba dispuesta a pagar el boleto de otra remota aunque posible temporada en el purgatorio. ¿Por qué lo hizo? Ella se lo había explicado a sí misma ante el espejo con una frase demoledora: estaba triste pero también más caliente que una gata en celo.